

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

HESIODO. --- *Poemas Hesiódicos*. Edición de M.^a ANTONIA CORBERA LLOVERAS. Madrid, Akal, 1990, 142 pp.

Parece que en los últimos años, con la traducción de Adelaida y María Angeles Martín Sánchez para Alianza Editorial (Madrid 1986) y ahora con la de M.^a Antonia Corbera Lloveras, se suscita el interés en nuestro país por difundir entre el gran público poemas como los de Hesíodo. Pienso que el sentido crítico y didáctico de este poeta son la causa de su actualidad y que el contenido social y mitológico de su obra se adapta bien a la curiosidad del hombre moderno por los orígenes de nuestra civilización. De ahí que los esfuerzos por divulgarlo son empresa siempre loable, así como la necesidad y el deseo que debería mover estas nuevas traducciones, por actualizar los comentarios y versiones castellanas de hace ya más de diez años, la de Vianello de Córdoba (México 1978) y la mía propia (Barcelona 1975 y Madrid 1978, 1983). Pero lo cierto es que, respecto a éstas, tanto las de Martín Sánchez como la de Corbera Lloveras que hoy nos ocupa aportan relativamente poco y, aunque no se prodigan las referencias a la nuestra ---lo cual personalmente debería agradecer por cuanto tampoco se critican algunas imprecisiones y defectos de interpretación que contiene---, sin embargo es clara su influencia en estas traducciones, sobre todo en el planteamiento de las introducciones y notas (a veces literalmente reproducidas en la edición de Alianza); pero también, aunque en menor grado, en la versión.

Lamento el hecho de que, salvo muy pocas lecturas nuevas y la incorporación del material incluido en los comentarios de West a su edición de *Trabajos y Días* (1978), la bibliografía utilizada por la Prof. Corbera para su libro no renueva de forma importante la consultada antes por nosotros. Y en verdad nos habría gustado encontrar en su libro el resultado de las nuevas interpretaciones y enfoques sobre aspectos concretos de los poemas hesiódicos que se han prodigado en los últimos quince años.

Sin ánimo de exhaustividad, echo de menos en sus páginas trabajos como los de Adrados (EMERITA, 1986) Arthur (*Arctura*, 1982, 1983), Burkert (*Würzb. Jahrb.*, 1979), Bremmer (Londres 1988), Clauss (*TAPhA*, 1977), Duban (*QUCC*, 1980), Heath (*CQ*, 1985), Hofinger (*ACL*, 1981) Janko (Cambridge 1982), Leinieks (*Phil.*, 1984), Marco Simón (Zaragoza 1988), O'Brien & Major (Chico 1982), Olstein (EMERITA, 1980), Schmidt (*Würzb. Jahrb.*, 1988), Sorel (*Rev. de Metaph. et de Morale*,

1982), Verdenius (Leiden 1985) y West (*JHSt*, 1985), por citar sólo algunos que ofrecen puntos de vista nuevos sobre pasajes de *Teogonía* y *Trabajos y Días* y reavivan la cuestión de las influencias orientales y la comparación de los poemas hesiódicos con esas tradiciones vecinas. En todo caso algunos de estos trabajos, como los de Adrados y Olstein, estaban demasiado a la mano en nuestro país como para ser ignorados. Y sin duda toda esta nueva bibliografía habría enriquecido unas notas que, salvo excepciones y más airoso en este caso que en el trabajo de las hermanas Martín Sánchez, en general se limitan a resumir las de traducciones anteriores.

El mayor grado de originalidad —y esto se agradece— lo encontramos en la traducción. A veces, sin embargo, sigo prefiriendo mi interpretación del texto o el término castellano elegido por nosotros al que nos ofrece la Prof. Corbera. Así, por ejemplo, en *Th.* 110, *ὑπερθεν* se limita aquí al 'cielo' («los astros resplandecientes y, arriba, el anchuroso cielo») cuando en realidad se refiere a los astros y el cielo. Observo además una imprecisa identificación entre 'engendrar' y 'alumbrar' o 'nacer' que lleva a traducir *ἐγένετο* (*Th.* 126) y *τέκεν* (*Th.* 131) por «engendró» en lugar de por «alumbró» y a contradicciones cuando se traduce *ἀνδρογόνος*, referido a uno de los días, unas veces por «para engendrar un varón» (*Op.* 783) y otras, correctamente, por «para el nacimiento de un varón» (*Op.* 788 y 795).

No estamos de acuerdo tampoco con la traducción «en el transcurso de los años» para *περιπλομένου δ' ἐνιαυτοῦ* (*Th.* 184), «disputaban» para *ἐκρίνοντο* referido a la separación de los dioses y hombres en Mecona, y «en gran número» para *δεινά* (*Th.* 582), epíteto de *κνώδαλα*. Es un error de interpretación sintáctica la traducción «y a los astros que brillan y coronan el cielo» para *Th.* 382 *ἄστρα τε λαμπετόωντα τά τ' οὐρανός ἐστεφάνωται*, siendo preferible en este caso mi traducción: «las brillantes estrellas y todo cuanto corona el cielo». En otros casos, como *Op.* 348, aunque traducir como hace Corbera «no se te moriría el buey, si no tuvieras un mal vecino» no es incorrecto, la ambigüedad del castellano que hace sentir esa construcción sintáctica más como irrealidad de presente que como posibilidad, hace preferible el futuro de mi traducción («no se te morirá la vaca, si no tienes mal vecino»), sobre todo teniendo en cuenta el valor gnómico de la frase.

Me gusta, en cambio, más la versión «de ancha testuz» para *εὐρυμετώπους* (*Th.* 291) o «cerviz» para *αὐχένη* (*Op.* 815), ambos términos referidos a bueyes, pero para *λαχή*, dicho de los leones en *Sc.* 404, es preferible «rugido», de mi traducción, a «grito», de la que comentamos.

La transcripción de nombres propios, capítulo especialmente importante en la *Teogonía*, sigue con rigor encomiable las normas de Fernández-Galiano. Anoto solamente, para futuras reediciones, los errores de acentuación en Cimatólege (*Th.* 253, griego *Κυματολήγη*), Lisiánasa (*Th.* 258, gr. *Λυσιάνασσα*) y el de la traducción Uránides en vez de Uránidas (*Th.* 502) a partir del nombre *Οὐρανίδης*, -ου. Observamos además un error de poca importancia en la transcripción de Mecona (correctamente recogida en la traducción de *Teogonía*) que aparece como Mekona en p. 89, nota 6.

Hay algunos, muy pocos, *lapsus* u olvidos de palabras que aparecen en el texto griego como en *Th.* 91 (*θεὸν ὥς*), 105 (*λερόν*), 333 (*ὀπλότατον*) y *Sc.* 29 (*ἀλφησῆσιν*); no veo la razón para omitir desde la línea 11 hasta la 15 en la *Hipótesis* del Escudo, si nos guiamos por la edición de Solmsen (O.C.T.) que la autora dice seguir (cf. p. 14). Si en este caso se han preferido otras ediciones debiera haberse indicado, lo mismo que en *Th.* 870, donde parece entenderse *Ἀργέστω* como epíteto de *Ζεφύρου* (que sería entonces *Ζεφύροιο* de los bizantinos) y no como el viento Argestes, según lo en-

tiende Solmsen. También, y a falta de un aparato de variantes, deberían indicarse siempre las modificaciones de orden en determinados versos respecto a Solmsen. Ciertamente que a menudo se hace esto mediante nota, pero en otros casos, como *Th.* 439-435-438 se olvida; y ello induce a confusiones cuando se confronta la versión con el texto que teóricamente se ha seguido.

Como todavía es normal en nuestros libros, el proceso de composición ha introducido algunos defectos materiales que no vale la pena recoger en su totalidad aquí. Quizá los más relevantes son el de «piel» por «pie» (*πόδα*) en *Op.* 182, «de alto cuello» por «de alto vuelo», epíteto de los cisnes (*κύκνοι ἀερσιπότες*) en *Sc.* 316 y «la» por «le» en *Sc.* 11 («éste la había matado a su noble padre») que más parece error tipográfico que laísmo, ya que sería el único en todo el libro. Es inexplicable, por último, el error en p. 15, donde se habla de los «juegos fúnebres que el calcidio Anfídamante organizó de su padre» cuando, como es sabido y se lee en *Op.* 655 (correctamente traducido por la Prof. Corbera), se trata de juegos fúnebres organizados en honor de Anfídamante por sus hijos. Falta, en fin, la página del libro de Fraenkel en p. 24, nota 8, y no se cierran comillas en la cita de Fernández Delgado en p. 31.

Salvo estos defectos, casi todos de escasa importancia y justificables, y las pocas aportaciones bibliográficas (siempre con referencia a traducciones anteriores) que encontramos en la introducción y las notas, el objetivo principal del libro, que es la traducción, nos merece una valoración global positiva: se atiene literalmente al texto, su castellano es ágil y cuidado y, como decíamos, no incurre en algunos errores revisables de nuestra propia traducción, sino que los supera bien. Sólo en contados casos se observa una excesiva dependencia de ésta (por ejemplo en *Op.* 427-431: «llévate a casa un dental, cuando lo encuentres buscándolo en la montaña o en el campo, de carrasca; pues éste [adición] es el más resistente para arar con bueyes cuando un siervo [una vez que algún servidor] de Atenea fijándolo con clavos a la reja lo adapte al timón» [lo acople... fijándolo...], p. 105, donde presento subrayadas las diferencias que ofrece la traducción de la Prof. Corbera respecto a la mía); pero esto no tiene por qué ser necesariamente un defecto y las coincidencias muchas veces pueden explicarse como fortuitas.

AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ

ARISTOFANE. — *Le donne all'Assemblea*, a cura di MASSIMO VETTA. Traduzione di DARIO DEL CORNO. Milán, Fondazione Lorenzo Valla, Arnoldo Mondadori Editore, 1989, LXX + 297 pp.

La obra pertenece a la prestigiosa colección «Scrittori greci e latini» con la que la Fundación Lorenzo Valla y el editor Mondadori pretenden, según su presentación, proporcionar al público italiano, tanto el de los especialistas como el de los lectores cultos en general, una colección autorizada de clásicos que hasta ahora no existía en aquel país. Es un proyecto ambicioso que comprende textos de todas clases, desde obras clásicas por excelencia, como la *Odisea* y la *Eneida*, hasta otras no traducidas al italiano, desconocidas del público culto, o inéditas. También la amplitud temporal es enorme; desde los documentos micénicos hasta los últimos testimonios de la antigüedad griega pagana, desde la literatura latina arcaica hasta Boecio. Todos los volúmenes de la colección comprenden una introducción, una bibliografía, el texto original, acompañado de aparato crítico, la traducción italiana, un comentario que aclara todos los elementos necesarios para la comprensión e interpretación

del texto y, finalmente, índices y apéndices. Los autores se han seleccionado entre los mejores especialistas actuales. Se publican de cuatro a seis volúmenes al año.

Los autores de esta edición de *Las assembleístas* son profesores de literatura griega en las universidades de Milán (Dario Del Corno) y Chieti (Massimo Vetta). El primero es conocido sobre todo por su edición crítica de Menandro, por numerosos artículos de filología y crítica literaria, en especial sobre el teatro griego, y por diversas traducciones. Es autor también de una *Letteratura greca*. Para la Fundación Lorenzo Valla ha hecho, entre otras cosas, la edición de *Las ranas* y la traducción de *Las aves* de Aristófanes. Por su parte, Massimo Vetta se ha ocupado también de tragedia y comedia, entre otros trabajos. Ambos nombres son, pues, una garantía de calidad para esta nueva edición de *Las assembleístas*.

En la introducción Massimo Vetta expone la evolución de la Comedia Antigua (período que, para él, se puede considerar cerrado con *Las ranas*) a la Nueva, marcada por una experimentación gradual que desemboca en el equilibrio elegante de la comedia de Menandro. *Las assembleístas* sería un jalón en ese camino. Es un período en el que perduran temas tradicionales, pero en forma menos rígida. Con el cambio de siglo se advierte un predominio de la mascarada mitológica sobre la parodia mítico-trágica. La comedia mitológica acoge muchos temas humorísticos del drama satírico, por ejemplo, la voracidad de Heracles. También se da la parodia del nuevo dítirambo, brevemente en *Las assembleístas* y *Pluto* y más extensamente en otras. Un paso más supone la elaboración en forma nueva de la antigua farsa de caracteres. La comedia de Menandro surgiría de una especie de fusión de la mascarada mitológica con temas de la vida cotidiana y paratragedia. En este panorama de mutua influencia entre tragedia y comedia se situaría *Las assembleístas*, obra que, al parecer, no tuvo éxito por razones poco claras que Vetta intenta dilucidar. Vetta señala que, aunque no haya parábasis, se conservan en la obra restos de metateatro y analiza las interrupciones de la ilusión escénica que sirven, en su opinión, para advertir, para prevenir reacciones del público. Por otra parte, al rastrear el tema de la utopía política griega desde Hipódamo de Mileto hasta Platón, Vetta rechaza y califica de *houtade*, con razón, la tesis de J. Adam de que el filósofo habría podido transformar en tratado político todo lo que le había inspirado la contemplación de la comedia aristofánica. Considera acertadamente que la solución más razonable es pensar que Aristófanes y Platón son testimonios independientes de la aparición de un tema de controversia exótico en los debates de algunos círculos sofísticos.

La dialéctica con la tragedia resume la historia de la comedia ateniense hasta Menandro y es uno de los modos con los que la comedia manifestaba su tendencia a ir siempre más allá de sí misma, junto con la simulación de no ser verdadero teatro, de no romper del todo con la ciudad. Vetta llega a esta conclusión al reflexionar sobre el monólogo paratrágico de Praxágora, pero la tesis se aplica a todo Aristófanes desde *Los acarnienses* con su escena paródica del *Télefo* de Eurípides y la invención del *hapax* cómico «tragedia», que indica la pretensión de emular a la tragedia expresada por Aristófanes a lo largo de toda su carrera dramática.

Menos convincente me parece la suposición de Vetta de que tras el cambio de siglo el público ateniense tendría un conocimiento directo más seleccionado y limitado del teatro trágico, porque, debido a su pobreza, es decir, incultura, asistiría menos a las representaciones trágicas. Esto no coincide con nuestras noticias sobre el éxito póstumo de Eurípides, aunque sea cierto que la tragedia a la antigua usanza estaba en trance de convertirse en algo cada vez más culto hasta terminar en texto para la lectura. Añade Vetta que, al reducirse los coros, los ciudadanos redujeron también

su conocimiento de la tragedia. De todos modos, pienso que la pervivencia de la paratragedia en *Las asambleístas* indica que la tragedia todavía estaba de actualidad entre los atenienses. Según Vetta, la obra oscila entre lo antiguo y lo nuevo, lo refinado y lo vulgar, lo accesible y lo erudito. Añado que este equilibrio lo sostiene mejor o peor Aristófanes en todas sus obras conservadas y que en ésta (versos 1141-43 y 1154-62) confiesa que se propone complacer tanto a los entendidos, σοφοί, como a los que sólo quieren divertirse, οί γελῶντες.

Estudia Vetta luego algunas novedades de la obra como la desaparición de escena de la protagonista, Praxágora, después del verso 727, anomalía que, en su opinión, contribuye, con otros detalles, a dividir la comedia en dos partes y sería otro rasgo tomado de la tragedia. Otra novedad sería la introducción de la palabra χοροῦ entre la primera y la segunda parte y otra más, la deformación del esquema de intromisión de la realidad en la utopía cómica mediante la sucesión de personajes molestos. A diferencia de otras obras los perturbadores no quieren entrar en la utopía, sino salir de ella, lo que supondría una burla irónica de la misma. Me parece exagerada la suposición de Vetta de que al final de su carrera teatral Aristófanes haya inventado una comedia antigua que reniega de sí misma y no estoy de acuerdo con la adhesión del autor a ciertos críticos que ven en esta obra un divertimento irónico y paródico de la antigua y convencional comedia utopista. Siguiendo este razonamiento la supuesta falta de éxito de la comedia se explicaría también porque Aristófanes se habría burlado aquí de la comedia antigua sin ser comprendido del todo. Tampoco estoy de acuerdo con la tesis de que sólo la presencia del héroe cómico en escena garantice la invención dramática. Creo que la ausencia de Praxágora se debe a que está organizando el funcionamiento de la utopía, como se ve al final cuando se invita a todos los ciudadanos al banquete comunitario; ello no afecta, en mi opinión, a la unidad de la obra ni hay contradicción en la actitud de los que se resisten a la implantación de la utopía cómica porque perjudica sus intereses.

En cambio, me parece muy interesante y positiva la comparación detallada de Vetta entre *Las asambleístas* y el *Discolo* de Menandro que hace ver cómo, contra la opinión de Wilamowitz, las últimas obras de Aristófanes sí influyeron en el teatro posterior.

Respecto al discutido tema de la datación de la obra, el autor la coloca a principios de 392 ó 391, más bien esta última fecha, compartiendo el criterio de J. Carrière, aunque difieren en el festival, que para Vetta sería las Leneas y para Carrière las Dionisias. Reaparece aquí la discusión sobre la, en mi opinión, artificiosa asignación de las obras aristofánicas a uno u otro festival por su contenido más o menos doméstico, discusión que no conduce a nada por el subjetivismo de las diversas interpretaciones.

Termina la introducción con unas observaciones sobre la escenificación, número de actores y distribución de papeles entre ellos.

La introducción va acompañada de una bibliografía bastante documentada, salvo en lo referente a títulos en español, pues no se citan las traducciones de López Eire (Barcelona, Bosch, 1977, con texto griego) y Rodríguez Adrados (con el título de *Teatro Griego*, en el Círculo de Lectores, Barcelona 1982), sino sólo la de Espinosa Alarcón con acento mal escrito y título a nombre de «Aristophanes» (*sic*). Entre los estudios sólo se cita la primera edición de *Fiesta, Comedia y Tragedia* de R. Adrados, pero no el artículo de Fernández-Galiano sobre los versos 88-99, en EMERITA 41, 1973, pp. 345-47, que discute la interpretación de Ussher de este pasaje. También brillan por su ausencia los artículos de S. Lasso de la Vega, «Realidad,

idealidad y política en la comedia de Aristófanes», *CFC* 4, 1972, pp. 9-89, y L. Gil, «Comedia ática y sociedad ateniense, I-III», *EC*, 1974, pp. 61-82, 151-86, y 1975, pp. 59-88.

Sigue luego el esquema de la comedia y el comentario textual muy cuidadoso y completo. El comentario final, amplio y muy detallado (pp. 143-277), cumple muy eficazmente su cometido de ayudar a la comprensión de la obra, aunque su posición resulta incómoda para la consulta.

La traducción de Dario Del Corno sólo merece elogios por su maestría para reproducir los diversos registros de la lengua aristofánica, el mayor reto de todos sus traductores.

Un apéndice métrico y varios índices completan útilmente esta edición bien encuadrada y con una atractiva cubierta que reproduce la escena de una ménade bailando al son de la música de un sátiro, tomada de una cratera italiota del siglo IV a. C. del Museo Arqueológico de Lípári.

ESPERANZA RODRÍGUEZ MONESCILLO

TIBULO y los autores del *Corpus Tibullianum*.—*Elegías*. Edición, traducción y notas de HUGO FRANCISCO BAUZÁ. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección «Alma Mater», 1990, XXII + 139 pp.

Con la edición crítica de la obra poética de Tibulo y autores del *Corpus Tibullianum*, realizada por Hugo F. Bauzá, la colección «Alma Mater» del C.S.I.C. hace un nuevo e importante esfuerzo en su tarea de intentar editar a todos los clásicos griegos y latinos. Consideramos un valor añadido el que no se haya dejado para nueva ocasión la edición y versión al español de la obra de este clásico latino, por cuanto que los temas poéticos por él abordados gozan de total frescura y resonancia para la sensibilidad del hombre de nuestros días, si se vierten, como es el caso, en el molde de una traducción aligerada de aquella pesadez que no infrecuentemente caracteriza las versiones de los clásicos antiguos.

En una introducción más bien breve, pero completa, se incluyen todos aquellos prolegómenos que son menester para toda edición crítica. Se ofrece, en primer lugar, una noticia biográfica sobre el autor cuya obra se edita. Con buen tino se le llama «noticia», palabra a la que suponemos se otorga no sólo la denotación técnica de información sino también la vulgar, aludiendo de este modo a la menguada información que se puede obtener de las fuentes sobre la vida de Albio Tibulo. Para comprender bien su alcance, las fuentes biográficas son descritas todas ellas de una forma expedita y ordenada. Y cuando procede, como ocurre con la *Vita Tibulli*, cuyo origen se sitúa más probablemente en la Baja Antigüedad, se apuran y depuran los argumentos de autenticidad. Llegado a este punto, elabora el editor la trama que los datos permiten urdir sobre la vida de nuestro elegíaco, haciendo especial hincapié en las referencias a aquellos personajes femeninos que dieron cuerpo a su mundo amoroso y determinaron su personalidad poética.

Como conclusión de este primer apartado, queremos destacar que las cuestiones relativas a la biografía de este autor están presentadas con una sistematización muy ordenada y concisa, al tiempo que se apoyan y fundamentan en generosas referencias bibliográficas; las que de un modo muy completo se recogen en la correspondiente relación bibliográfica.

En cuanto al estudio que el autor de esta edición aborda sobre la obra literaria

en sí misma, se centra de manera preferente en los aspectos relativos a lengua y estilo. Se pormenorizan las posibles influencias literarias que cabe descubrir en ella, pero resulta demasiado parco el esfuerzo que se hace sobre aquellas cuestiones más propiamente lingüísticas y de análisis literario formal. Asimismo, respecto al análisis del contenido, desearíamos poder disfrutar de una mayor sistematización de los temas poéticos. Si bien es un detalle de menor o nula trascendencia, llama un tanto la atención el uso que reiteradas veces se hace del vocablo «cancionero» a lo largo de la introducción, porque este término suele ser empleado por la crítica literaria más bien para designar colecciones poéticas en lenguas modernas. En particular, es frecuente usarlo dentro del marco de la poesía tradicional de la lengua castellana.

Las cuestiones sobre la transmisión del texto se acometen de una forma expedita, breve y clara. Si bien el estudio crítico de los códices queda un tanto soslayado, la descripción que de los mismos se hace es ordenada y clarividente. Es un detalle de agradecer la relación pormenorizada de todas las ediciones conocidas, así como de múltiples traducciones a las lenguas modernas más importantes.

La colación de los manuscritos y la fijación de una determinada lección no parece que haya sido un camino demasiado trillado para el editor. El aparato crítico, cuya brevedad y claridad permite al lector formarse rápidamente una opinión sobre el texto, da fe de la existencia de un trabajo esforzado.

En cuanto a la traducción, no hemos hallado reparos especiales que señalar. Si en cambio es de apreciar la dicción fluida y el castellano moderno que espero sabrá agradecer el lector, tanto el avezado como el menos especializado.

JOSÉ MANUEL PÉREZ FERNÁNDEZ

OCHOA J. A.—*La transmisión de la Historia de Eunapio*. Estudios y textos de *Erytheia*, 1. Madrid. Asociación Cultural Hispano-Helénica, 1990, 312 pp.

La tesis que ahora se edita como número 1 de la colección Estudios y Textos de *Erytheia*, bajo el patrocinio de la Asociación Cultural Hispano-Helénica, constituye, por varios conceptos, un importante acontecimiento. La inauguración misma de la serie revela el alto grado de dedicación filológica que caracteriza a la Asociación. La tesis representa, de otro lado, un ejemplo de las recientes preocupaciones de nuestros filólogos, entre los que finalmente se extiende la práctica de la edición textual de manera no aislada, sino dentro de una tendencia que empieza a dar frutos y a reproducirse gracias a la práctica de trabajos de formación como la tesis doctoral. Finalmente, es preciso resaltar el hecho de que se trata de la obra de un historiador fragmentario lo que aquí es objeto de estudio y de un proyecto de edición. El análisis de textos y contenidos conjuntamente permite que textos aislados y difíciles de estudiar se conviertan en materiales aptos para comprender la época bajoimperial, cargada de dificultades, tanto por el carácter de las fuentes como por la complejidad de las corrientes de pensamiento en lucha, que influyen grandemente en la historiografía de la época.

Varios son los aspectos que, entre el denso contenido del libro, pueden destacarse. Dentro del mismo Eunapio como fuente para comprender a Eunapio, a través de la *Vida de los sofistas*, el autor introduce importantes matizaciones referentes a las diferentes finalidades que pueden mover a un mismo autor cuando escribe de filosofía o cuando escribe de historia. Resulta por ello un poco simple pretender usar la

Vita para extraer fragmentos de la *Historia*. Igualmente, parece evidente que el uso de un autor como Aretas, cuyo interés polémico contra Juliano lo lleva a realizar ataques de gran violencia, resulta inapropiado para conocer a Eunapio, pagano favorable a Juliano, pues la posible cita del historiador de Sardes difícilmente no se halla manipulada de acuerdo con las intenciones del polemista antipagano. Algo similar ocurre con la *Suda*, que hace uso de Eunapio al tiempo que lo juzga negativamente. J. A. Ochoa lleva a cabo estas y otras muchas aclaraciones que sirven para hacer utilizable una fuente histórica, sólo válida si se sabe cómo funciona y cuáles son sus características, tanto en su posición dentro de la historia ideológica de su tiempo como en la de sus posibles textos, conservados, citados o manipulados. Para usar a Eunapio es preciso conocer los rasgos que también necesita el filólogo para realizar su edición. La obra preparatoria se convierte así en obra de utilidad funcional en el conocimiento del Bajo Imperio.

Por último, conviene hacer referencia a una cuestión especialmente polémica en la historia de la transmisión de Eunapio. Para algunos autores Zósimo no viene a ser más que un copista torpe de Eunapio y de algún otro autor, como Olimpiodoro de Tebas, lo que lleva a pensar que lo que aquél dice es atribuible a estos otros y, por tanto, que leer a Zósimo es un modo de conocer a Eunapio. Ochoa reacciona contra esta actitud, y los análisis de Focio, de los *Excerpta de sententiis*, de los fragmentos claramente eunapianos y del texto de Zósimo ponen en claro el esquematismo de la postura anteriormente citada, representada sobre todo por Paschoud, por otra parte excelente editor de Zósimo en la «Collection des Universités de France», de la editorial «Les Belles Lettres». De la comparación llega a concluir Ochoa que ni por estilo, ni por contenidos, se puede decir que todo Zósimo sea obra de un mal copista. El hecho de que, como dice Ochoa, sea más conciso, indica probablemente un cambio en sus intereses con respecto al autor del que toma sus datos, pues han cambiado las orientaciones de la época y las preocupaciones de los paganos que ven cómo se generaliza el Cristianismo al tiempo que desaparece el Imperio Romano de Occidente.

DOMINGO PLÁCIDO

II. LINGÜÍSTICA

MEID, WOLFGANG.—*Archäologie und Sprachwissenschaft. Kritisches zu neueren Hypothesen der Ausbreitung der Indogermanen*. Innsbruck 1989, 39 pp.

Esta pequeña disertación tiene el interés de que un lingüista tome posiciones frente a las nuevas teorías sobre el origen de los indoeuropeos. Son tres: la de Marija Gimbutas, que ve los indoeuropeos en los nómadas patriarcales de la cultura de los *kurganes*, que entran en Europa en el v milenio; la de Gamkrelidze-Ivanov, que proponen que su patria es Anatolia (por reales o supuestos préstamos léxicos y fonéticos de lenguas del Cáucaso y de Mesopotamia), de donde emigrarían, no se dice en qué fecha, hacia el Este, el Irán y la India, y luego hacia Europa; y la de Renfrew, para quien los indoeuropeos serían los agricultores neolíticos de Anatolia que, a partir del vii milenio, se habrían desplazado hacia Grecia y luego hacia Europa y hacia el Sur de Rusia.

Meid se adhiere a la primera de estas teorías que, después de todo, es la que más

se aproxima a la visión tradicional; y emplea su mayor esfuerzo en rebatir a Renfrew. Sería increíble que hubiera celtas *c.* 5000 en Francia, como propone Renfrew, sin que ello hubiera sido acompañado de una gran diferenciación dialectal: la que conocemos es de fecha muchísimo más reciente. Argumenta también, sobre todo, con los nombres del caballo y otros animales domésticos y los de árboles como el abedul. Su estudio apunta en dirección a una domesticación de esos animales desde *c.* 5000 a. C. entre el Volga y Kazakstán; y a una presencia temprana de los indoeuropeos en el posterior territorio eslavo, en el que en fecha antigua existían los árboles en cuestión. Pienso que habría que insistir, sobre todo, en el hecho de que el léxico indoeuropeo (y lo que sabemos de los más antiguos pueblos indoeuropeos) refleja una agricultura apenas embrionaria.

Cualquiera que haya leído mis publicaciones verá que estoy, en principio, de acuerdo con Meid. También concuerdo con sus observaciones iniciales sobre lo problemático de las relaciones entre Lingüística y Arqueología (y la ligereza con que ciertos arqueólogos tratan los problemas lingüísticos o, por mejor decir, ni siquiera los ven).

Pero yo, más que en hechos de léxico, me apoyaría en otros de estructura del sistema fonológico y morfológico: el anatolio representa un derivado de un tipo de indoeuropeo más antiguo, mientras que el resto del IE procede de un sistema posterior evidentemente situado en algún lugar de Europa. Dentro de ésta, todo lo que sabemos indica invasiones hacia el Sur, hacia el Oeste y hacia el Este (el tocario); y una diferenciación dialectal relativamente reciente y cuyo avance temporal y geográfico podemos seguir en cierta medida.

Es delirante hablar de griego o celta *c.* 5000 a. C. No tiene justificación el prescindir de las relaciones de parentesco entre las lenguas de Europa, olvidarse del tocario, etc. Y no se puede partir de una cultura agraria para un pueblo cuyas instituciones son claramente de otro tipo.

En realidad, para arqueólogos como Renfrew los problemas lingüísticos ni se plantean. Creo que, si se parte de Anatolia, son insolubles (y esto se refiere también a la tesis de Gamkrelidze). En cambio, si se parte de las estepas de Asia, yo intenté en esta misma revista en 1979, como bien dice Meid (en realidad cita la traducción alemana de 1982), conciliar los datos lingüísticos relativos a las diferentes etapas del IE con las sucesivas invasiones de los hombres de los *kurganes*.

Es una labor hacedera, siempre que se parta de un IE con varios estratos temporales y progresivas diferenciaciones geográficas. La verdad es que vengo insistiendo en esta idea de las diversas etapas del IE, siendo el hetita un resto arcaico, desde mi *Verbo Indoeuropeo* de 1963 (y aun desde antes). Meid conoció este libro desde que salió, pues hizo una reseña de él en *IF*. Resulta extraño que cuando en p. 8 habla, aunque en forma poco precisa, de estas nuevas ideas, se limite a citar publicaciones suyas desde 1973 (antes estaba en el bando tradicionalista) y no las mías desde 1963 y antes, que son sin duda su fuente.

Cierto que en p. 18 dice, citando mi librito de 1982, que «ich in der Beurteilung der linguistischen Situation mit Adrados im Wesentlichen übereinstimme». Sólo habría que hacer constar quién lo dijo primero y quién lo dijo después. Sobre esto insisto en un artículo que tengo en prensa en *IF*.

En fin, prescindiendo de este punto, queda como ganancia el rechazo de teorías sin base lingüística que han encontrado demasiado eco en los medios de difusión y la conciencia de que la nueva concepción del IE como «un continuo en el espacio y en el tiempo» (p. 7) da una arma nueva para el problema de la diferenciación del

IE. En mi *Manual de Lingüística Indoeuropea* (en colaboración, en prensa) insistí en este punto.

FRANCISCO R. ADRADOS

BUBENÍK, VIT.—*Hellenistic and Roman Greece as a Sociolinguistic Area. Current Issues in Linguistic Theory*, 57. Amsterdam-Philadelphia 1989, XV + 331 pp.

Dentro de los estudios de Dialectología Griega, dedicados casi exclusivamente en los últimos tiempos a la descripción de un determinado dialecto desde el punto de vista fonético y morfológico (y en menor medida, sintáctico y léxico), destacan por su enorme interés las distintas aproximaciones que se vienen haciendo últimamente en torno a las relaciones de los dialectos griegos con la lengua de la *koiné*. El libro de V. Bubeník se enmarca, precisamente, dentro de este último ámbito. Se trata, digámoslo desde el principio, de un ambicioso proyecto dividido en siete capítulos: (a) introducción y breve descripción de los grupos dialectales griegos junto con sus características más relevantes, así como discusión sobre la naturaleza de la lengua de la *koiné*, su definición y las implicaciones sociolingüísticas inherentes a su progresiva implantación; (b) metodología empleada por el autor y *corpus* de inscripciones utilizado. El A. utiliza en gran medida criterios de difusión léxica, empleados con interesantes resultados en distintos estudios dedicados a analizar las relaciones entre las hablas de distintas capas sociales de lenguas actuales y su implicación en la naturaleza de cualquier cambio o innovación lingüístico; (c) breve descripción de los principales hechos históricos acaecidos en el territorio griego tras Alejandro Magno; (d) descripción del declive progresivo de los distintos dialectos ante su confluencia con la lengua de la *koiné*. El A. realiza un recuento de las inscripciones utilizadas de diversas regiones griegas: Laconia, Mesenia, Cirene, Creta, islas dorias del Egeo, Argólida, Golfo Sarónico, regiones noroccidentales, Élide, Eólida, Arcadia, Chipre y Panfilia; (e) aparición y extensión de distintos tipos de *koiné*: *koiné* jónico-ática, doria del Egeo, aquea, noroccidental, dialecto de Delfos, *koiné* de Egipto, *koiné* sirio-palestina, de Asia Menor, dialectos de Magnesia, Pérgamo, Priene y Mileto; (f) estudio de las relaciones de la *koiné* helenística con otras lenguas autóctonas que convivieron con la griega en Egipto, en la costa fenicia, en Palestina, Siria y Asia Menor; (g) conclusiones. La obra se cierra con una relación bibliográfica y unos índices muy completos.

A pesar del interés que ofrece el trabajo de V. Bubeník, dado que en este caso resulta sugerente la utilización de una metodología novedosa en el estudio de las inscripciones dialectales influidas en mayor o menor medida por la lengua de la *koiné*, el lector podrá percibir ciertos inconvenientes. En primer lugar, se trata de un trabajo excesivamente ambicioso (recordemos que se intenta abarcar la totalidad de los *corpora* epigráficos), en el que se aprecian ciertas ausencias significativas. Así, por poner tan sólo algunos ejemplos, el *corpus* representativo del rodio se halla muy mermado sin la presencia de las ediciones de las inscripciones de Lindo (Ch. Blinkenberg 1941), Camiro (M. Segre - I. Pugliese-Carratelli 1949-1951), Rodas (I. Pugliese-Carratelli 1952-1954, 1955-1956), etc. Otro tanto sucede en el caso del cirenaiico, en el que se echa de menos el estudio realizado por C. Dobias-Lalou, «Dialecte et *koiné* dans les inscriptions de Cyrénaïque», *Verbum* 10, 1987, pp. 29-47, con un

recuento exhaustivo de las inscripciones de época avanzada. Es importante también la omisión de toda referencia a las conclusiones a las que llega Cl. Brixhe en su estudio «Dialecte et *koiné* à Kafizin», Nicosia 1988, así como a las observaciones del mismo Cl. Brixhe y A. Panayotou sobre los orígenes de la *koiné*, «L'atticisation de la Macédonie: l'une des sources de la *koiné*», *Verbum* 11, 1988, pp. 245-260. Esta relación de omisiones importantes podría ser incrementada fácilmente. Baste recordar a este propósito la omisión de la utilización (y discusión) de importantes trabajos recientes (así L. Dubois, M. Bile, C. Dobias-Lalou, J. Méndez Dosuna sobre arcadio, cretense, cirenaico, dialectos noroccidentales). Creemos que particularmente el libro de J. Méndez Dosuna podría haber ayudado al A. en la interpretación de determinadas grafías del tipo <OI> para la notación del dat. sg. temát., <ΣΤ> por <ΣΘ>, etc. Al mismo tiempo, no se señala en ningún momento los criterios que ha utilizado el A. para discernir entre las que considera inscripciones dialectales con rasgos de *koiné* y aquellas otras que estima inscripciones redactadas en *koiné* con rasgos dialectales. De hecho, en algunos casos, como en los documentos rodios, no resulta sencillo discernir entre ambas posibilidades en la práctica totalidad del *corpus*. La afirmación es extensible al resto de los dialectos de las islas dorias del este del Egeo.

Por último, querríamos señalar que los resultados obtenidos por el A. a partir de unas estadísticas basadas en un *corpus* que no se nos antoja suficiente pueden dar una visión parcial, e incluso distorsionada en algunos casos, de la situación que presentan las inscripciones en determinadas zonas. En nuestra opinión, resulta absolutamente necesario que un estudio de estas características esté basado en la suma de trabajos parciales y pormenorizados de cada uno de los dialectos griegos. De esta forma, las bases sobre las que descansa el libro de V. Bubeník serían mucho más firmes y permitirían, sólo entonces, la aplicación de una determinada metodología, cuyos resultados en caso contrario podrían quedar invalidados.

A. STRIANO CORROCHANO

BAÑOS BAÑOS, JOSÉ MIGUEL. — *Estudio funcional del denominado quod completivo en latín arcaico y clásico: su distribución tras uerba affectuum*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, Colección Tesis Doctorales, 1990, 479 pp.

El estudio trata de aportar, de acuerdo con los principios de la Gramática Funcional (GF), una solución a los tres problemas fundamentales que plantea el análisis de *quod* en latín arcaico y clásico: 1. distinción entre *quod*-relativo y *quod*-conjunción, sobre todo en latín arcaico; 2. doble valor de *quod*-conjunción (causal/completivo); 3. distinto uso del *quod*-conjunción en ambos períodos, según las gramáticas tradicionales: más frecuente el completivo en latín arcaico y más frecuente el causal en latín clásico, en detrimento de *quia*. Todo ello referido a los llamados *uerba affectuum* por ser en dependencia de ellos donde estos problemas se plantean de una forma clara.

La obra se estructura en dos grandes partes, correspondientes cada una al estudio de *quod* en «Latín arcaico» (pp. 98-275) y en «Latín clásico» (pp. 276-438), precedidas de una breve —pero clara— «Introducción» (pp. 8-11) y dos amplios capítulos en que se aborda el «Estado de la cuestión: revisión crítica» (pp. 12-56) y se detallan el «Objetivo, método y fuentes» (pp. 57-97). Las «Conclusiones generales» (pp. 439-442), «Índice de pasajes citados» (pp. 443-463), «Bibliografía» (pp. 464-475) e «Índice general» (pp. 476-479) completan el trabajo.

En los capítulos dedicados al empleo de *quod* en latín arcaico se parte de la idea de que *quod* no está configurado aún como una verdadera conjunción. Por ello, tratar de decidir si es causal o completiva carece de sentido. Para demostrarlo se analizan uno a uno todos los ejemplos y contextos en que *quod* ha sido considerado en alguna ocasión como conjunción. El estudio de los más importantes *quid est quod*, *nihil est quod* y similares, revela que *quod* siempre desempeña una función sintáctica dentro de la oración que introduce, por lo que ha de ser considerado, con toda propiedad, como un relativo. Tan sólo cuando aparece tras ciertos *uerba affectuum*, y en excepcionales pasajes, podría *quod* ser considerado como conjunción, lo que viene a significar, según el autor, que, si bien en este período *quod* es todavía un relativo, se está, sin embargo, configurando como conjunción; un hecho que se confirma en el análisis de los pasajes correspondientes al latín clásico, donde su carácter conjuncional es, como subraya Baños, incuestionable. En fin, como *quod* no es conjunción, queda explicado que sea *quia* la que exprese con más frecuencia el valor causal.

De manera que es en latín clásico donde tiene sentido discutir si *quod* tiene valor causal o completivo, una vez configurada como conjunción. Para averiguarlo, establece el autor una distinción previa entre verbos tipo *laudo* y verbos tipo *miror*, pertinente por comportar contextos distribucionales distintos, y, a continuación, emprende el mismo minucioso análisis de todos los contextos en que *quod* aparece tras *uerba affectuum*. Se parte de que, en principio, sería esperable que *quod*, de ser completivo, alternara con una oración de acusativo con infinitivo (AcI). Sin embargo, prácticamente en todos los contextos es conmutable por sintagmas (sobre todo preposicionales) con valor causal; de ahí que sólo tras verbos tipo *miror* y algunos del tipo *laudo*, como *obiurgo*, *castigo*, pueda hablarse en rigor de un *quod* completivo, ya que su contexto distribucional le atribuye la misma casilla estructural que la que corresponde a un acusativo o a una oración de AcI como «argumento» necesario del verbo. En todo caso, ni aun en este supuesto dejaría de operar en *quod* el valor causal que siempre conlleva: la diferencia entre una oración de *quod* y una oración de AcI en este contexto residiría en que *quod*, introduciendo una oración «completiva», marcaría además lo que el autor llama, aplicando uno de los postulados básicos de la GF, «función semántica causa-relación», una función que la oración de AcI no señalaría. Por lo demás, la mayor frecuencia del empleo de *quod* respecto a *quia* se explicaría por comportar aquella un valor más amplio (causa-relación) que el de ésta, que sólo sería causal. En fin, la extensión de este *quod* a otro tipo de verbos, ya no *affectuum*, sino *dicendi*, daría cuenta del incremento de su uso completivo en latín tardío.

Ésta es a grandes rasgos la línea argumental del trabajo del Dr. Baños que, de una forma global, consideramos del máximo interés y acierto. Sin embargo, existen ciertos puntos básicos en el modelo explicativo que quisiera comentar. Nos centraremos en tres, aunque también haremos referencia a otros: 1. la asignación de funciones semánticas a determinados complementos; 2. la aplicación de las pruebas de aposición y yuxtaposición en la identificación de funciones semánticas y 3. el estrecho concepto de lo «completivo» y de la «función sintáctica» con que se opera.

Empezando por lo primero —y para el caso lo más importante—, cabe decir que es más que discutible la idea formulada por la GF de que «cualquier término de una predicación, con independencia de su función sintáctica, presenta a su vez una función semántica» (p. 65). En efecto, parece que determinados elementos de una predicación, tales como el sujeto, entre otros, no comportan en latín función semántica alguna que no sea la que secundariamente le confiera el contexto (cf. F. R.

Adrados, *RSEL* 21, 1991, p. 5). Es más, en lo que atañe a los casos latinos, estimo que sólo el ablativo es capaz *per se* de marcar positivamente una función semántica: la de procedencia, lugar o instrumento, en un sentido amplio, porque justamente para eso está marcado en el sistema de los casos (cf. J. L. Moralejo, *RSEL* 16, 1986). De forma semejante, también los sintagmas preposicionales pueden significar las funciones semánticas que el valor de las preposiciones les confiera en el contexto; y las oraciones subordinadas tradicionalmente consideradas «adverbiales» también suelen en su mayoría estar positivamente marcadas, por el significado de su conjunción, para ejercer, además de una función sintáctica en la oración, una función semántica.

Ello, naturalmente, entra en conflicto con un punto fundamental en la exposición del autor. Por lo que se refiere al latín arcaico, se insiste una y otra vez en la posibilidad de que *quod* conmute con un pronombre singular neutro *id, hoc...* de los que la gramática tradicional suele considerar «de relación» o «adverbiales», en dependencia de casi cualquier verbo, incluidos los intransitivos y los de movimiento. Según el autor, ese pronombre ejerce la función semántica de causa-relación: causa por ser «adverbial» y relación por indicar «en relación con qué» se predica lo que se predica. Pues bien, a nuestro modo de ver, este análisis, que según Baños explicaría por qué *quod* adquiere justamente ese valor de «causa-relación» que después adoptará en latín clásico, es poco adecuado, ya que sospechamos que el acusativo, incluido el de «dirección», nunca está marcado positivamente para ejercer ninguna función semántica. Aquí da la impresión de que el autor se dejó llevar por algo que no cesa de criticar a lo largo de todo el trabajo, cuando se trata de definir el valor de *quod*: la posibilidad de una determinada traducción. Ahora bien, eso no quiere decir, por supuesto, que contextualmente no pueda ejercer, pero de modo secundario, o por ser más precisos, negativamente, una determinada función semántica, tal como la de causa o relación; pero ello sucede precisamente por ser su valor semántico cero, lo que permite que quede en disposición de significar lo que el contexto propicie; con verbos de desplazamiento y nombres de lugar, dirección; con verbos intransitivos posiblemente la causa, la finalidad, etc. Pero de modo negativo, o si se prefiere, en un uso neutro por aquel otro término más marcado que esperaríamos y con el que el acusativo mantiene una oposición privativa: el ablativo, que sí es capaz de marcar la causa positivamente.

Esto explica la diferencia existente entre una oración AcI y una completiva de *quod*, sin necesidad de acudir a los argumentos de Baños (en p. 424) (a la yuxtaposición — vid. *infra* —), para demostrar que la oración AcI no comporta valor causal (o, según nuestra matización, positivamente causal); y ello cuando ¡ambas están ocupando la casilla estructural de un acusativo!: la oración AcI no marca función o contenido semántico alguno más que de forma negativa, es decir, no se pronuncia sobre si esa predicación que representa indica causa, finalidad, relación...; en cambio, la oración de *quod* sí se pronuncia sobre ello y dice positivamente que es causal, lo que, como demuestra Baños a lo largo de su estudio, acaba siendo evidentiísimo, a pesar de que, como se desprende de nuestro análisis, se haya cargado de tal valor, no positiva, sino negativamente.

Respecto a la segunda cuestión que planteábamos cabe comentar brevemente la subjetividad con que se analizan los pasajes sometidos a la prueba de la «aposición» y de la «yuxtaposición» como criterios de identificación de funciones semánticas (sobre las limitaciones de la «coordinación», cf. S. Mariner, *RSEL* 19, 1989). Efectivamente, ¿con qué fundamento se afirma que en ejemplos como Cic., *Verr.* I 6 *de impu-*

dentia singulari, quod adest, quod respondet, sunt qui mirentur (p. 386); o en Caes., *B. G. IV 22,1 qui se de... consilio excusarent, quod...* (p. 343), etc., el sintagma que introduce *quod* es una aposición, en tanto que en ejemplos como Cic., *Tull. 38 queri... iniquitatem, quod de iniuria non addiderit*; o en Cic., *Verr. II 49 aiunt eum queri solere... se miserum, quod... prematur* (p. 391), etc., ese mismo sintagma es una yuxtaposición? ¿Por qué no puede interpretarse a la inversa? Obviamente sólo un hablante competente en latín podría resolver esta cuestión. Sin embargo, son bastante los pasajes en que se trata de corroborar un *a priori* (el carácter causal de un término) con otro (que es causal o no, por ir o no en aposición o en yuxtaposición), lo que, a nuestro entender, resta validez, sin un criterio claro, a la prueba. Otras veces, en cambio, esa misma prueba resulta más evidente y admite poca discusión.

Y respecto al tercer punto, quisiera comentar el estrecho prejuicio de tratar sólo como «completivas» a las «oraciones subordinadas que equivalen tanto a lo que la gramática tradicional denomina objeto directo como “complemento régimen de un verbo”» (p. 65), excluyendo, por tanto, la posibilidad de que puedan ejercer otras funciones: complemento secundario no personal, pero obligatorio, aposición a un complemento primario (cf. *supra*) o a uno secundario, pero también obligatorio. Pero es que, además, en la práctica, las oraciones que funcionan como «complemento régimen de un verbo» o que conmutan por tales regímenes no son consideradas como completivas *sensu stricto*, porque no conmutan por u ocupan la casilla estructural de un acusativo; se concluye acerca de ellas, paradójicamente, que son meras ampliaciones del verbo, por lo que sólo importa determinar su función semántica. Esto está relacionado, por otra parte, con lo reacia que es la GF, como teoría explicativa, a otorgar funciones sintácticas concretas a los distintos terminos de una predicación, frente a lo pródiga que es en la concesión de funciones semánticas. Ello hace que queden sin definir, bajo la vaga consideración de «argumentos» o «satélites», qué funciones sintácticas concretas desempeñan ciertos complementos, como los «acusativos de relación» (tal nombre no equivale a una función) que acompañan a verbos de movimiento, o los que determinan a verbos intransitivos, entre otros; o por qué es considerado como «ampliación», esto es, como «satélite», un complemento primario, pero necesario, como tras *queror*, lo mismo que uno secundario, pero también necesario, como tras los verbos tipo *accuso*, justamente cuando se trata del complemento que expresa el contenido real de una acusación.

En fin, para terminar cabe hacer breve referencia a algunos otros aspectos antes imputables a la GF que al propio autor, que se limita a aplicarlos. Así, la consideración de los verbos como indicadores de un «estado de cosas». Esta vaguísima y semanticísima formulación que puede servir para describir, permítasenos la expresión, la «representación escénica» de la frase, acarrea graves errores, a nuestro entender, a la hora de interpretar ciertos hechos sintácticos como consecuencia de cierto «estado de cosas». Nos referimos a la afirmación de que el doble tipo de complementación que reciben *miror* y *queror* (acusativo o ablativo / *de* + ablativo) «se explicaría por tratarse de verbos medio-pasivos: cuando prevalece la voz media, nada impide un complemento en acusativo o una oración Acl; por el contrario, la presencia de un complemento en ablativo o *de* + ablativo, pondría de manifiesto que el verbo ha adoptado un sentido “estático”, pasivo (asombrarse/estar sorprendido)» (p. 377). Ya otros autores, como P. Flobert —a quien sorprendentemente cita el autor—, se han referido a la artificiosa distinción en latín entre voz media y voz pasiva, reafirmando su inequívoco significado «pasivo»; pero es que da la impresión, además, de que se confunden los verbos deponentes (que carecen de voz formalmente activa) con los

medio-pasivos, verbos que suelen formularse en voz pasiva, pero que tienen voz activa, y a los que se les suele buscar valores «medios» propios que son, en realidad, y según la doctrina del propio Flobert, contextuales.

En conclusión, puede decirse que, pese a los anteriores reparos, el trabajo ha sabido, mediante una metodología muy adecuada basada en el análisis minucioso y particular de cada ejemplo en su contexto, limpiar los textos alegados de confusas opiniones, fijar unos criterios claros y distintos y establecer brillantemente un orden en la espinosa cuestión que se abordaba: queda claro, así, que *quod* es en latín arcaico un pronombre relativo; y que en latín clásico, tras *uerba affectuum*, aunque «ocasionalmente» sea completivo (quizá podría ampliarse la lista de ejemplos de operar con un concepto más amplio de lo «completivo») y unos pasajes difieran de otros sólo en el mayor o menor carácter de complemento necesario del verbo, *quod* siempre posee un significado causal. Tal es el gran valor de un libro excelente y lleno, por lo demás, de valiosas sugerencias.

PEDRO MANUEL SUÁREZ MARTÍNEZ

CASTILLO HERRERA, M. DEL. — *Diomedes. Scriptores Latini de re metrica. Concordantiae. Indices*. Granada, Universidad, 1989, 537 pp.

Todos los estudiosos de métrica latina, y en particular los españoles, podemos felicitarnos por la ambiciosa tarea que, en la Universidad de Granada, ha acometido el equipo de investigación del Departamento de Filología Latina, con el Prof. Luque a la cabeza, al abordar la realización de unas *Concordantiae* que recogieran y organizaran en orden alfabético todos los términos técnicos de la prosodia y métrica latina o de las áreas estrechamente relacionadas con ella.

Para la realización de este proyecto, el nutrido grupo de especialistas que forman este equipo se repartió el estudio de un buen número de autores (gramáticos, tratadistas de poética, rétores, los propios poetas, etc.), cuya actividad se despliega entre los siglos I a.C. y VII d.C., tomando además en consideración algunos posteriores en razón de la especial importancia de sus escritos tocante a la doctrina métrica latina.

Con una buena iniciativa, J. Luque y sus colaboradores han ido sacando a la luz, en tomos diferentes y sucesivos, aquellos materiales cuyo estudio podía darse por concluido, sin esperar a la redacción de la obra conjunta que, presumiblemente, habrá de esperar aún algunos años. Hasta nosotros ha llegado en esta ocasión el volumen quinto de la serie, dedicado a Diomedes y preparado por M. del Castillo Herrera, fruto del trabajo realizado con vistas a su Tesis Doctoral.

El volumen de la Dra. Del Castillo presenta, como es norma en este proyecto, cuatro partes: una introducción, las concordancias propiamente dichas, un índice de ejemplos y un índice de fuentes.

En la parte introductoria se ofrecen al principio los datos conocidos hasta el momento en torno al autor y se pone de relieve el interés que reviste el tratado de Diomedes para los estudiosos de prosodia y métrica (pp. IX-XIV); a continuación se insertan un índice de autores y obras (pp. XV-XXII) y un repertorio de siglas y abreviaturas (pp. XXIII-XXVII).

En segundo lugar se recoge el capítulo de las *Concordantiae*, que ocupa un buen número de páginas (1-440), dada la circunstancia de que el *Ars* de Diomedes es obra extensa y con abundante léxico técnico (del tipo «a+», según la clasificación previa del equipo investigador). Con la intención de realizar un estudio exhaustivo (como es norma en la colección) los términos se han presentado bajo una doble lematización (con o sin asterisco), según aparezcan en contextos en los que la palabra en cuestión aparece de modo explícito o en aquellos en los que el vocablo se sobreentiende de modo pronominal.

Con esto reseñamos una de las ventajas que nos ofrece esta colección, ya que en las concordancias al uso no suele incluirse más que el material contenido expresamente en los textos.

El tercer apartado, el índice de ejemplos (pp. 441-516), ofrece una clasificación de los mismos bajo tres rúbricas diferentes: «por finalidad de los ejemplos», «por autores de los ejemplos» y «por orden de aparición».

El cuarto y último apartado, el índice de fuentes (pp. 517-537), se reparte en dos secciones que se definen por «el nombre de la fuente» y «el orden de aparición».

Ambos índices resultan útiles sobre todo para establecer las relaciones entre autores y obras y facilitar el estudio de la evolución histórica de los textos doctrinales.

La publicación de estas *Concordantiae* del *Ars grammatica* de Diomedes se beneficia, como parece natural, de todas las virtudes de un proyecto bien elaborado. Hemos de señalar, además, la cuidada impresión (incluida la más costosa transliteración de los términos griegos), que nos permite gozar de una publicación sin apenas erratas (la única frecuente, la caída del signo que cierra el paréntesis).

Con todo hay un aspecto que, en nuestra opinión, habría podido atenderse más: se trata del tocante a siglas y abreviaturas y el uso de las mismas a lo largo de la obra.

En relación con el repertorio de siglas, debemos avisar que las empleadas para «consonantes» (*cns*) están mal alfabetizadas; por otra parte, no nos parece aceptable que *datiuus* entre en el capítulo de las abreviaturas; finalmente, *septenarius* aparece con dos siglas: *se* y *7 p*, sin que se establezca ninguna diferencia entre ellas.

Con respecto al uso de las mismas, cabe señalar que los términos que se utilizan para precisar los lemas, a veces aparecen con la escritura plena (así, *abruptus* [*sen-sus*]), y a veces con abreviatura (así, *acatalecta* [*spec*]), sin que las siglas correspondientes aparezcan recogidas en el repertorio, quizá por haberse interpretado que su explicación se desprende del contexto. Parece más oportuno, sin embargo, que se hubiera adoptado un criterio unificador, quizá en estos casos el uso de la escritura plena.

Se trata sólo de pequeños detalles y, por supuesto, no queda oscurecida la calidad de un estupendo trabajo que facilitará en gran medida el empeño de los estudiosos de la métrica latina.

M.^a LUISA ARRIBAS HERNÁNDEZ

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

Études homériques. Séminaire de recherche sous la direction de MICHEL CASEVITZ. Travaux de la Maison de l'Orient, Lyon-París, 1989, 106 pp.

El presente libro reúne siete contribuciones monográficas sobre Homero realizadas por otros tantos autores en el marco del Seminario de investigación que M. Casevitz dirige en Lyon (Université Lumière Lyon 2) sobre este tema. Como el propio director expresa en la introducción, el único punto común que tienen estos trabajos (aparte de estar redactados todos en francés) es que tratan sobre la poesía homérica; por lo demás, el tema, la extensión y la propia valoración que a mi juicio merecen son heterogéneos. De los siete capítulos que componen el libro, dos abordan proble-

mas de la morfosintaxis homérica, otro trata un tema de lexicografía y semántica, dos se refieren al estilo de los poemas homéricos, otro examina el valor histórico de ciertas referencias homéricas a la fauna, y, finalmente, el último intenta identificar la forma y el significado de un término documentado en una tablilla en lineal B hallada en Pilo (PY Vn 46).

L. Basset (pp. 9-16) intenta determinar el valor del aumento verbal en Homero a la luz de la distinción entre discurso («discours») y relato («récit» o «narration»). La conclusión general de su estudio es que, aunque la métrica y la propia evolución de la tradición épica han desfigurado su valor, el aumento es en origen la marca formal mediante la que el hablante expresa que el contenido verbal está conectado («relié») con la situación del discurso. La ausencia del aumento, en la época en que su uso era opcional, indicaría la separación del contenido verbal respecto a la situación del discurso. Por esa razón, el uso del aumento es más frecuente en los textos analizables como discursos, que están conectados con el presente, que en los textos que, por el contrario, son descritos como un relato o narración, pues en ellos no hay conexión con el presente.

El trabajo más largo (pp. 17-53) del libro es de J.-L. Breuil, que realiza una taxonomía minuciosa de los ejemplos de *κράτος* y sus derivados, y describe el significado expresado por esta familia de palabras. La conclusión general, que se opone tanto al análisis tradicional como al de Benveniste, establece que esta familia expresa la noción abstracta de 'prevalencia, dominación'.

M. Casevitz en una breve nota (pp. 55-8) reúne ejemplos de juegos de palabras en el episodio de Ulises y Polifemo en *Odisea IX*, que muestran el delicado humor del pasaje.

A. Joyal (pp. 59-76) ha contribuido al volumen con un artículo, quizá más pretencioso que ambicioso, que, luego de descalificar toda la crítica del análisis homérico, intenta caracterizar el estilo de ambos poemas mediante nociones generales como 'lo natural', 'la vivacidad' y 'el humor'. A continuación, intenta demostrar la unidad de ambos poemas utilizando como unidades de la estructura compositiva las «rapsodias» (los veinticuatro cantos en los que está dividido cada poema, entre los cuales habría simetrías que Joyal trata de demostrar e ilustrar mediante cuadros de dos columnas), formadas por episodios, compuestos, a su vez, de escenas, que serían las unidades indivisibles. Cierran el estudio ciertas observaciones sobre las diferencias culturales entre la *Iliada* y la *Odisea*, que, interpretadas como Joyal propone, mostrarían la veracidad de las biografías antiguas de Homero.

F. Létoublon (pp. 77-93) contribuye con un brillante artículo en el que utiliza criterios contextuales para tratar de identificar como imperfectos o como aoristos ciertas formas verbales cuyo análisis es incierto. Partiendo de la descripción pormenorizada de las construcciones en las que aparecen predominantemente *ῥιον* y *ῥιθον*, cuyo análisis morfológico y, por tanto, el valor aspectual no ofrece dudas, Létoublon determina mediante la comparación y los paralelismos idiomáticos con uno u otro el valor aspectual y, por tanto, el análisis morfológico adecuado de *ῥκιον*. El resultado del análisis es que *ῥκιον* aparece en sintagmas más parecidos a los que se documentan en *ῥιον* que a los documentados con *ῥιθον*, circunstancia que va a favor de su análisis como imperfecto.

J. Manessy-Guitton (pp. 95-102) trata de identificar con ayuda del contexto de la tablilla y de la propia etimología y la formación de palabras el significado y la forma que representa la grafía *35-ki-no-o de Py Vn 46.5 y .10. Tras un análisis minucioso y ejemplar, que toma en consideración todos los datos contextuales y lin-

güísticos relevantes, Manessy-Guitton concluye que se trata de un adjetivo derivado en *-io- formado sobre *aigi-no- (cf. αλιζω, sáns. *ejati*), que, a su vez, sería un derivado en *-no- sobre el tema en *-i-, expresando 'la acción de lanzar' y secundariamente el 'timón' del carro.

M. Woronoff examina en una breve nota (pp. 103-6) los contextos (todos ellos en símiles) de la *Iliada* en los que hay referencias a leones en el Ida y concluye que tales menciones indican seguramente la existencia real de tal especie animal en el Ida en época homérica y el conocimiento directo por parte de los aedos, no sólo un *topos* literario procedente de Oriente.

En conjunto, esta colección de monografías sobre la épica homérica es interesante. Esperemos que este seminario de investigación que M. Casevitz dirige ofrezca más resultados en un futuro próximo.

EMILIO CRESPO

MARTÍN GARCÍA, FRANCISCO, y ALFREDO RÓSPIDE LÓPEZ.—*Fábulas Esópicas*. Introducción, traducción y notas por ---. Madrid, Ediciones y Distribuciones Alba, 1989, 299 pp.

Aunque sea con retraso, no quiero dejar de dar noticia de esta traducción al español de las fábulas esópicas griegas, la más completa, hasta el momento, de las aparecidas en cualquier lengua.

Va precedida de una amplia introducción sobre el género fabulístico, dividida en los siguientes apartados: «Concepto, definición y estructura de la fábula»; «Los personajes», «Contenido de la fábula»; «Nuestra traducción». Da una imagen general de la historia del género en Grecia y de sus características; introducción bien informada. Se echa de menos, sin embargo, sin duda por decisión consciente de los autores, la historia de la evolución de las colecciones y el tema del influjo de la antigua fábula por los cínicos y otras corrientes de pensamiento. También falta lo relativo a las características de dichas colecciones, sobre todo de la de Babrio.

Pero lo que se dice es suficiente para una información general en lo relativo a un género sobre el cual hay demasiados prejuicios y demasiado desconocimiento. No había ni traducciones completas. Lo que sí habría que haber puesto de relieve, realmente, es que no es atendida la fábula latina, derivada por lo demás de la griega, ni en época imperial ni en la Edad Media.

La traducción, que es acertada y correcta, sigue en todo el texto y la organización de la edición de Perry. Ello tiene las ventajas e inconvenientes propios de dicha edición. Entre lo criticable está, desde el punto de vista mío, que las «Fábulas de origen babriano» (p. 168 ss.) contienen tanto fábulas de Babrio como otras de las paráfrasis que, en mi opinión, no son de Babrio. Y que el apartado «Otras fábulas sacadas de diversos autores» (p. 224 ss.) podría estar más nutrido, en el vol. III de mi *Historia de la Fábula Greco-Latina* (en el cual, por lo demás, todavía quedan lagunas) pueden encontrarse más fábulas griegas (por no hablar de las latinas).

El sistema de Perry, aquí seguido, consiste en dar una sola versión de cada fábula. Se dan las de la primera recensión de la Augustana y, si aquí faltan, las de otras colecciones por el orden convencional que se sigue. Con lo cual estas colecciones están cada vez menos representadas según van quedando a la cola: hay pocas fábulas del Ps. Dositeo (que los autores llaman Dositeo), de Aftonio, Sintipas, etc.

Naturalmente, este proceder es convencional, pero no es criticable en cuanto lo que se pretendía era dar una sola versión de cada fábula. El defecto es paliado, en lo posible, mediante dos procedimientos. Uno, los datos que se ofrecen en las notas de pie de página de cada fábula, donde, a más de interpretaciones de la fábula en sí y de datos sobre los animales, se indican a veces las variantes. Otro, el añadido en p. 269 ss. de una tabla en que se dan las correspondencias de cada fábula en las distintas colecciones (incluso en las medievales latinas, numeradas según mi vol. III antes citado).

Con esto el lector obtiene una visión general de la fábula griega, suficiente, pienso, para una obra que no pretende ser de erudición, pero sí bien informada y crítica. Todavía el índice de términos de p. 259 ss. ayuda al lector a obtener nuevas posibilidades para el buen conocimiento de la tradición fabulística griega.

En suma, este libro, bien documentado y bien escrito, es una ayuda para tratar de sacar el género fabulístico, importante, pienso, dentro de la literatura griega (y de las posteriores también), del abandono lleno de prejuicios en que yace.

FRANCISCO R. ADRADOS

SHERMAN, N.—*The Fabric of Character*. Oxford, Clarendon Press, 1989, XIV + 213 páginas.

En este libro N. Sherman nos ofrece un estudio denso y coherente sobre un tema central de la ética de Aristóteles: el carácter como determinante de la acción moral y su relación con la razón práctica. A pesar de la separación que estructuralmente establece Aristóteles al situar aquél con sus virtudes en el ámbito de lo «ético» y a ésta en el ámbito de lo «dianoético», la tesis básica que preside todo el desarrollo del libro es la inseparabilidad de ambos elementos —carácter y razón práctica— en el agente moral. Además de una Introducción breve y pertinente, la obra consta de cuatro capítulos. Los tres primeros se ocupan de otros tantos aspectos del ejercicio de la razón práctica y el último se dedica a la educación y formación del carácter.

El primer aspecto del ejercicio de la razón práctica de que se ocupa la autora es el aspecto perceptivo (2. «Discerning the Particulars»). En él se subraya la importancia de la captación global de las circunstancias y rasgos moralmente relevantes de la situación en que el agente se halla en cada caso. En esta captación, que constituye ya el primer momento o paso de la respuesta moral, se hallan implicados los sentimientos y reacciones emocionales del sujeto. En el capítulo siguiente (3. «The Choices of Character») se aborda la función electiva de la razón práctica. Frente a una interpretación restrictiva del alcance de la *προαίρεσις* que limitara ésta a los medios, N. Sherman argumenta que la elección afecta también a los fines, a su promoción y a su ajuste recíproco. El resultado de la elección, por otra parte, no es ni solamente ni siempre la acción inmediata, sino que puede ser una intención de actuar en el futuro. (Tal vez la expresión «future intention» oscurezca el tratamiento de la cuestión, pues cabría hablar de intención presente de actuar en el futuro.) La dimensión cooperativa de la razón práctica se estudia en el capítulo siguiente (4. «The Shared Life») a través de un análisis del papel que juega la amistad en la promoción de la felicidad, del autoconocimiento y de la colaboración en el establecimiento de fines compartidos. En cuanto al último capítulo (5. «The Habituation of Character»), dedicado a la educación, la autora se opone a toda pretensión de explicar la formación de hábitos como un mero proceso de repetición mecánica de los actos correspon-

dientes. La autora insiste en que la habituación comporta el cultivo y desarrollo de las capacidades cognoscitivas y deliberativas del niño.

Como puede fácilmente observarse, se trata de una contribución que debe enmarcarse dentro del interés actual por la «filosofía de la acción», muy particularmente en el contexto académico anglosajón. (A algún lector podría llamarle la atención el hecho de que, aun siendo notable la abundancia de referencias a artículos y libros que contienen las notas, no aparezca prácticamente ninguna referencia a especialistas y trabajos en otras lenguas que no sea el inglés, excepción hecha de dos o tres citas ocasionales y escasamente relevantes a un comentario francés de la *Ética a Nicómaco*.) En todo caso, este libro de N. Sherman resulta interesante dentro y fuera del contexto específico señalado, al menos por dos razones: en primer lugar, por el empeño de la autora en acercar la filosofía moral aristotélica a discusiones de carácter sistemático y de interés filosófico actual, no limitándose a una mera exposición arqueológica; en segundo lugar, por su insistencia en destacar y desarrollar aquellos aspectos de la propia teoría aristotélica que permiten interpretarla de un modo más flexible y comprensivo. Claro está que en ciertos casos la autora no puede llegar a establecer que Aristóteles sostuvo tal o cual tesis o idea, sino a la más modesta —pero no menos interesante— observación de que la idea en cuestión no es inconsistente con la doctrina de Aristóteles.

El libro, como decíamos, es denso y su lectura no resultará fácil para quienes carezcan de cierta familiaridad con la filosofía aristotélica.

TOMÁS CALVO MARTÍNEZ

RIEKS, RUDOLF.—*Affekte und Strukturen. Pathos als ein Form- und Wirkprinzip von Vergils «Aeneis»*. Zetemata, Heft 86. Munich, Beck, 1989, 272 pp.

Si creemos el testimonio de Servio y Donato de que en el año 19 a.C., antes de morir, Virgilio tenía pensado dedicar todavía tres años más a retocar la *Eneida*, notaremos hasta qué punto podían haberse modificado muchos de nuestros criterios actuales acerca de numerosos aspectos de detalle. Sin embargo, son perfectamente sostenibles los resultados del estudio de R. El autor parte del reconocimiento de que la *Eneida* es una epopeya de las emociones, en la que se suceden ininterrumpidamente las escenas emotivas, y que en ella culmina el incremento del *pathos* de la obra virgiliana desde las *Églogas* pasando por las *Geórgicas*.

El estudio comienza («Einführung: Forschungslage und neuer Ansatz», pp. 9-23) con un útil recuento y breve comentario de lo que se ha dicho sobre el *pathos* en *Aen.* y en Virgilio, así como de los diversos estudios sobre los principios estructurales de *Aen.*, que el autor cifra en: mito, argumento, composición, imaginación, simbolismo, léxico, semántica, sintaxis, metro y estilo. A los antecedentes siguen sus intenciones, es decir, elevar a tema central de su estudio aquello que es el denominador común, el medio o la finalidad de diversas interpretaciones de la *Eneida*: el *pathos* como principio formal y constructivo.

El capítulo segundo («Produktionsästhetische Voraussetzungen», pp. 25-78) estudia en primer lugar («Römische Rezeption griechischer Pathostheorien») las condiciones previas y el marco de la recepción romana de las teorías griegas del *pathos* en filosofía (pp. 25-39, especialmente en Cicerón), retórica (pp. 39-52, también centrado en parte en Cicerón) y en el *Ars poetica* de Horacio (pp. 52-60, esp. versos 89-122), para pasar después (pp. 60-78) a la representación de las emociones en la poe-

sía romana anterior a Virgilio en los campos de la épica (Livio Andronico, Nevio y Ennio), tragedia (Ennio, Pacuvio, Accio) y lírica (Catulo, C. 64).

El tercer capítulo («Werkästhetische Analysen», pp. 79-252) se centra ya de lleno en la *Eneida*. Dedicó una primera parte a estudiar extensamente la representación de las emociones en la obra («Die Darstellung der Affekte in der *Aeneis*», pp. 79-211) que indaga sistemáticamente en la manera en que las emociones de los personajes se expresan en la lengua del *pathos*: abarca, pues, desde la lengua formular del campo de los órganos sensoriales (p. ej., catálogo en pp. 84-87), hasta estadísticas e índices de frecuencia de vocablos en Virgilio, Ovidio, Lucano y Estacio. La segunda parte del capítulo («Affekte und einzelne Strukturen», pp. 211-252) estudia cómo en una tensión peculiar de la *Eneida* las emociones distintas y la estructura se generan mutuamente, como es el caso de las emociones métricamente equivalentes de *cura-ira*, *dolor-furor* (p. 211), p. ej. VII 345: *femineae ardentem curaeque iraeque coquebant* (cuadro pp. 217-8).

El capítulo final («Schluß: Zur Ästhetik von Vergils *Pathos*», pp. 253-260) resume sus consideraciones sobre la estética del *pathos* virgiliano y rinde cuenta de sus resultados.

Junto al índice de bibliografía (pp. 261-265) e índice de pasajes (pp. 265-272) se echa en falta uno general, dada la densidad conceptual y las muchas delimitaciones de conceptos y categorías del volumen. Resulta un libro denso pese a su sistematización y metodología, aunque la idea es buena y el estudio valioso.

ANA PÉREZ VEGA

MASTELLONE IOVANE, EUGENIA. — *Paura e angoscia in Tacito. Implicazioni ideologiche e politiche*. Nápoles, Loffredo, 1989, 173 pp.

El deseo de profundizar en las «razones íntimas» del incremento de los términos que expresan miedo y angustia en los libros neronianos de Tácito movió a la autora, según nos dice en la introducción, a redefinir los presupuestos de su estudio: no sería ya una investigación global sólo de carácter lingüístico-semántico de esa terminología, sino una indagación ideológico-política. No sorprende esa derivación de presupuestos cuando se contrasta con Tácito lo que dice, y más tratándose de una cuestión perpetua, como la del miedo y la angustia de los *uiri* vestidos de *claritudo*. La fantasía cataléptica de Tácito historiador, su *metis* narrativa, suele jugar esas buenas pasadas filológicas al investigador que se presenta acreditado con insignia y diligencias de lingüista, psicólogo, historiador o moralista. Sus autopistas obligan casi siempre al inquisitivo a cambiar sus modales perceptivos. Las «razones íntimas» que configuran el relato taciteo, con sus palabras-pulpo o, a veces, palabras-cangrejo, no son clandestinas ni obvias, por eso no responden a las miradas fijas; no sueltan prenda bajo los focos. La ropa interior verbal con que Tácito cubre y no cubre lo que para él son las verdades íntimas de la historia, sólo se deja entrever por el aficionado al *logos* que se aventura, despistado, por los meticulosos registros de la memoria de Tácito. La autora del estudio que comentamos lo ha experimentado. Yendo y viniendo por el texto y confrontando los sentidos que su exégesis despliega, con lo registrado por otros historiadores, Suetonio y Dión Casio especialmente, va comprobando y mostrándonos cómo la angustia y el miedo, motivadores básicos de la actuación de los protagonistas de la época neroniana — Nerón, Agripina, Popea, Pisón, Séneca, Corbulón, etc. — no son entendidos por Tácito como simples manifes-

taciones de la «psicología» individual de sus personajes, ni como recursos retóricos para infundir *pathos* a la narración, en línea con las tendencias de la nueva retórica, sino formas expresivas del carácter institucional del principado. A lo largo de seis capítulos la autora va deslindando prolijamente las causas político-ideológicas de la génesis de la tiranía neroniana, tanto en lo que concierne al ámbito familiar (cap. 2: Agripina, el matricidio, Popea...) como a la propia personalidad del tirano, en relación con sus rivales al trono (cap. 3) o a Séneca, *rector imperatoriae iuuentae* (cap. 4), sin olvidar tampoco la función del miedo y la angustia en la narración de la conspiración de Pisón (apuntes en el cap. 5) y en la campaña armeno-pártica (cap. 6). El capítulo 1 contiene una disquisición sobre los valores semánticos del léxico referente al miedo/temor y angustia en Tácito. Como cabía esperar, es el capítulo más corto. El miedo, la angustia, configuraciones afectivas de la memoria, no se acomodan a definiciones, ni cuadran en contabilidades. Pululan, en un continuo, por las coyunturas sintácticas, léxicas, retóricas de la inventiva narrativa de Tácito.

Tras esos seis capítulos de atenta y apretada exégesis textual y una selecta nota bibliográfica, termina el libro, sin conclusiones —como es filológico— dejándonos más sabidillos de los entresijos ideológico-políticos del poder imperial y con un deseo, casi pruriginoso, de volver a gustar las páginas taciteas.

INÉS ILLÁN CALDERÓN

MACPHERSON, R.— *Cassiodorus' Variae in their literary and historical setting*. Uniwersytet im. Adama Mickiewicza w Poznaniu. Seria Filologia Klasyczna, nr 14. Poznań (Polonia) 1989, 368 pp.

La involución de que trata el libro de M(acpherson) no sólo es la de Roma, sino también la de la obra, porque involución hay, y mucha, en el tratamiento del asunto. Y es una lástima, porque esta tesis oxoniense sorprendentemente publicada en Polonia tenía todos los elementos necesarios para ser un modelo en su género: iniciada en el seno de Bedford College (Londres), de la mano del malogrado Frank Goodyear y de Alan Cameron tiene, sin embargo, algunas de las virtudes derivadas de tal medio y muchas de las dolencias que eran de esperar del maridaje de dos tendencias filológicas e históricas tan espléndidas pero difícilmente conciliables.

La involución (propriamente dicha) de Roma a través de su reflejo en las *Variae* de Casiodoro se estudia en la parte cuarta del libro («The Language and Imagery of the *Variae*», pp. 151-203), que está situada entre frondosos capítulos dedicados a situar el ambiente histórico en que se desarrolla la actividad de Casiodoro desde prácticamente todos los ángulos posibles, de modo que el lector llega a desconcertarse ante la desproporción de que se dediquen menos de cincuenta páginas (con mucho de su espacio ocupado por la traducción de algunos pasajes selectos de las *Variae*) al asunto y más de trescientas a su encuadramiento. En este sentido es posible estar de acuerdo con M. Whitby (*CR* 41,1, 1991, pp. 86-87) en que «M's attention has been distracted by an attempt to cover too many major themes» (p. 86) pero, en cambio, sí hay que reconocer que la «second-hand narrative of western history» (*ibid.*) que tanto molesta a Whitby puede ser muy útil e incluso interesante; sin embargo, en el caso de M. se echa en falta el adecuado tratamiento en profundidad de cuestiones que quedan solamente esbozadas: es insuficiente el tratamiento de los aspectos literarios de las *Variae* (tanto más incomprensible, dado que es el objeto real

de la obra, cuanto que a pesar de la pobreza de la bibliografía empleada, M. dispone del libro imprescindible de O. Zimmermann, *The Late Latin Vocabulary of the Variiae of Cassiodorus*, Washington 1944); es también inadecuada la valoración de lo cultural en el ambiente germánico de la época, y esto es grave porque Casiodoro fue testigo excepcional de su momento, y su dominio de la técnica retórica se transparenta en sus escritos y, a pesar de ello, no consigue llegar más que externamente al libro de M.

Es de destacar que lo mejor de esta obra no tiene que ver ni con Casiodoro ni con las *Variiae*: me refiero a los estudios sobre el carácter de la legislación tardorromana que M. lleva a cabo en el capítulo 1 de la primera parte («The Language of Roman Authority», pp. 15-40), que resultan interesantes pero contrastan dolorosamente con la ligereza del tratamiento (en pp. 57-75, «Roman Culture in the Western Kingdoms») de la cuestión de los reinos germánicos frente a la cultura tradicional romana (que ha sido objeto de numerosos libros muy recientes o justamente «clásicos» que M. parece desconocer y que, de hecho, no aprovecha).

Y de la ligereza a la vaguedad: los capítulos en que M. podría hacer justicia a su ambiente académico («Part Two: The Ostrogothic Kingdom», pp. 79-118, con conclusiones parciales en pp. 117-118) son un auténtico cuento de hadas que culmina con la «hagiografía» de Teodorico (pp. 105-108) que parece querer equilibrar la entusiástica descripción del papel de Casiodoro durante los últimos años del reino ostrogodo de Italia («Part Five: The Passing of the Old», pp. 207-244), amena, pero no estrictamente relacionada con el tema que el título de la obra anuncia. *Melior est finis orationis quam principium* (*Vulg., Eccles. VII 9*).

J. M. DÍAZ DE BUSTAMANTE

HUNGER, HERBERT. - *Schreiben und Lesen in Byzanz. Die byzantinische Buchkultur*. Munich, C. H. Beck, 1989, 174 pp.

Nadie más apropiado para realizar la presente introducción al mundo del libro en Bizancio que el profesor vienés Herbert Hunger, autor de la más reciente historia de la literatura bizantina, editor de textos y documentos medievales, catalogador del fondo griego de la Biblioteca Nacional de Viena y autor de numerosos estudios sobre aspectos concretos de la paleografía griega.

Los citados méritos ponen en evidencia que Hunger tiene en sus manos un bagaje extraordinario que lo capacita para emprender el trabajo que ahora nos ofrece, una introducción a la cultura libraria bizantina, labor ésta que, al menos en nuestro conocimiento, nadie había intentando hasta ahora. Disponemos de una ya vieja obra de Alphonse Dain, *Les manuscrits*, en la que el código medieval griego aparece estudiado en sus tres aspectos codicológico, paleográfico y textual, pero que se resiente de haber sido escrita por un helenista, y de la magnífica obra de Nigel Wilson, *Scholars of Byzantium*, presentación sistemática de la labor de los eruditos bizantinos, basada especialmente en los testimonios manuscritos, de los que Wilson es un gran conocedor; con el fin de situar con más precisión la obra de Hunger habría que nombrar también una bibliografía más específica, relativa a la identificación de *scriptoria* y al estudio de las bibliotecas, así como los manuales de paleografía griega de Mioni y Van Groningen, por citar los más recientes. De estas materias e investigaciones la presente obra pretende ser una síntesis un tanto confusa, pues repite

conceptos en lugares distintos y trata el mismo tema desde perspectivas distintas pero con leves modificaciones; Hunger es un buen conocedor de las fuentes y eso se nota en la aportación de testimonios pocos conocidos; su gran experiencia hace que presente con justeza algunas problemáticas y que nos ofrezca una exacta visión conjunta del valor y la utilización del libro en Bizancio; pero quien considere que la historia del libro es la base de una historia de la cultura, en la línea de investigación de Guillermo Cavallo, quedará defraudado. En este sentido, resulta un tanto sorprendente la inclusión de los testimonios de documentos, que, si bien conforman una manifestación importante y especial del fenómeno de la escritura, no tienen cabida en el subtítulo de la obra.

Ésta se divide en seis capítulos, a los que siguen las notas bibliográficas (pp. 142-161), el índice de obras citadas abreviadamente (pp. 162-163) y el de láminas (pp. 164-165). El autor ofrece además un breve vocabulario de los términos especiales utilizados (pp. 166-170), al que sigue el índice de manuscritos citados (p. 171) —de los que un buen número son *Vindobonenses*, como era de esperar— y un índice de nombres propios (pp. 172-173).

La selección de las ilustraciones revela buen gusto y todos los códices son notables, pero quizá el neófito se llevará una impresión falsa sobre la calidad media de un códice bizantino y, aunque no era esperable un ejemplar de cada estilo de escritura, sí se podría haber hecho un esfuerzo por reflejar las que caracterizan los libros litúrgicos, los de textos clásicos, los libros de notas de eruditos, etc.

Llama la atención la disposición del contenido: con el primer capítulo, el autor nos sitúa el manuscrito en el contexto cultural y religioso de la civilización bizantina (pp. 9-16); el segundo, más centrado en la codicología, presenta los soportes de la escritura e intenta diversas clasificaciones de los tipos de libro; el tercero explota diversos aspectos del fenómeno de la escritura en Bizancio, así como el de la lectura es presentado por el cuarto, más breve, donde el autor destaca el hecho de que algunas formas literarias bizantinas como epístolas, elogios, etc., estén destinadas a ser leídas en público y donde se explica la evolución ortográfica, basada en la utilización de signos diacríticos para facilitar la lectura, la restauración de la iota suscrita y el empleo de la diéresis; el quinto estudia el significado del libro como producto de diferentes grupos sociales y habla brevemente de las bibliotecas (en especial las bibliotecas imperial y patriarcal, las de los centros monásticos y la del monasterio constantinopolitano de Cora); el sexto y último nos introduce en la época posbizantina, caracterizada por una transferencia de eruditos y libros a los centros occidentales y a Rusia.

Las «pièces de resistance» de la obra son, pues, los capítulos segundo y tercero, donde, junto a los necesarios resúmenes de los hallazgos codicológicos y paleográficos, Hunger nos ofrece perspectivas interesantes y novedosas sobre algunos puntos concretos.

Aspectos puramente codicológicos tratados son el paso del *uolumen* al *codex* (pp. 23-27), los materiales escriptorios (papiro, pergamino y papel, pp. 17-23), formato del libro, pautado y disposición del texto, filigranas (pp. 27-32), sin olvidar la presentación de las nuevas técnicas de que se sirve la codicología y la restauración (pp. 38-40) y sin que el autor dude en recurrir a las representaciones de los códices cuando éstos faltan, como es el caso de las encuadernaciones bizantinas (pp. 32-38).

La transmisión de los textos es brevemente tratada en pp. 62-71, en las que se reconoce el papel fundamental de Bizancio y son esbozadas las cuestiones principales de esa transmisión: la pérdida progresiva de los textos, el *μεταχαρακτηρισμός*, etc.,

pero donde Hunger no tiene en cuenta la valoración de los bizantinos hacia de su gloriosa herencia escrita. Y el autor, enumerando rápidamente a los más importantes eruditos, incurre en el extendido error de supervalorar el trabajo de Planudes y Triclinio, erigiéndolos en antecedentes de la filología clásica occidental, lo que oscurece la realidad de una erudición que no se dedicó en masa a editar a los clásicos, sino a comentarlos y parafrasearlos, a tomarlos como excusa de sus juegos retóricos y que considera a Esquilo y Píndaro de un refinamiento para pocos accesible mientras que Aristides, Sinesio y Luciano son los favoritos; baste para certificar esto el cotejo entre el número de manuscritos conservados de unos y otros.

En la presentación de los distintos tipos de escritura (pp. 90-106), se insiste justamente en el fenómeno de la mimesis libraria (p. 104), que explica el «revival» de distintos tipos de letra exitosos que se convierten en símbolos de períodos pasados de esplendor cultural. Hunger habla igualmente de las escrituras distintivas (pp. 112-114) y documentarias (p. 116 ss.), pero tiene ante todo el mérito de observar el modo en que se escribe en función de lo escrito, de explicar la manifestación escritoria dentro de un contexto social, condicionada a los diferentes niveles de formación (expresivas a este efecto son las ilustraciones con las firmas de los exarcas, Taf. 30-32, pp. 83-85); la problemática de la educación elemental en Bizancio (p. 76 ss.), exponiendo los diferentes métodos en el aprendizaje de la lectura y la escritura, y la del analfabetismo (p. 79 ss.), de cuya extensión sólo podemos tener una idea aproximada. Suponiendo que los analfabetos fueron legión, hay que considerar la existencia de un grupo numeroso de semianalfabetos que no pueden leer la minúscula libraria pero sí las capitales de las inscripciones y mosaicos y pueden escribir su nombre; en este grupo habría que incluir a algunos emperadores, si tenemos en cuenta la tosquedad con que firman algunos documentos.

Hunger destaca también la variedad paleográfica que ofrecen los copistas profesionales: la escritura clara y ordenada de un copista de códices (*καλλιγράφος, βιβιογράφος*), la de un copista de cancillería, caracterizada por la maestría y dominio evidenciados en los monocondilios, y la de los eruditos, rápida y cursiva, llena de abreviaturas (pp. 89-94). Y hay que insistir en que estas diferencias dependen de la finalidad de la copia o incluso de la propia personalidad o habilidad del copista. Así, la escritura de un erudito, Demetrio Triclinio, que aparece en la copia o en el comentario marginal de códices de autores clásicos, es de una belleza y una perfección tales que su modo de escribir llegó a ser imitado por sus alumnos y creó escuela. El caso de un copista profesional, Jorge Galesiotes, es muy significativo: siendo probablemente escriba del patriarcado en Constantinopla, su pluma ha de ponerse al servicio de diferentes tareas: en la copia de códices litúrgicos su escritura es amplia y de fácil lectura; en el manuscrito con la correspondencia del que fue quizá su protector, el patriarca Gregorio II, las formas de las letras no cambian, pero el *ductus* se hace rápido y emplea de un modo moderado ligaduras y abreviaturas de las terminaciones de palabras; cuando ha de copiar documentos patriarcales, la escritura pierde su contención, se descompone en letras grandes y pequeñas y los acentos y las abreviaturas se transforman en hábiles y diestras filigranas.

Hunger intenta diversas clasificaciones de la producción libraria, teniendo en cuenta si los manuscritos están destinados a un uso privado (libros de oración, libros de notas y documentos personales, pp. 74-75), a un grupo determinado de profesionales o a una generalidad; en función de su contenido (litúrgicos, filológicos) o de su finalidad: escolar (p. 74) —en el caso de gramáticas, libros de ortografía, esquadografía— o profesional: libros de poliarcética, médicos, jurídicos, reflejando las

necesidades de determinadas profesiones. Pero la mayor parte de la producción libraria tiene lugar en los monasterios (pp. 132-133) donde se manejan sobre todo escritos ascéticos, vidas de santos, colecciones homiléticas y patrísticas; en el ámbito secular, los libros más leídos son históricos como los *Patria*, hagiográficos, de sueños y oráculos, de medicina casera, colecciones de sentencias (p. 73), etc.; una clase más instruida, la de los funcionarios, leerá a los oradores clásicos y a los Padres de la Iglesia y manejará léxicos aticistas.

Queda así en esbozo la posición ocupada por el libro en una sociedad en la que ante todo tiene un carácter sagrado, místico y donde será tanto el lujo que sólo unos pocos pueden permitirse como el escalón en el que muchos se apoyarán para conseguir el éxito social y la riqueza.

INMACULADA PÉREZ MARTÍN

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

SISSA, GIULIA.—*Greek Virginity*. Trad. de A. GOLDHAMMER. Harvard, University Press, 1990, 240 pp.

«En principio, la idea griega de virginidad no está directamente expresada en las palabras: *κόρη*, *νύμφη* e incluso *παρθένο*s se refieren a la doncella o a la mujer joven, oscilan entre las dos, no se fijan sino en una noción intermedia.» Esta conocida observación de Louis Gernet —corroborada por otros helenistas de renombre— induce a pensar la condición de «doncella» en un sentido puramente social, como un período transitorio de la vida femenina que en modo alguno quedaría definido por el comportamiento sexual.

Esta observación se justifica en la medida en que el término *παρθένο*s no sólo convenía a la doncella sino también a la madre soltera, pues tales empleos sugieren que el concepto griego de virginidad no está basado en la consideración de la, para nosotros incontestable, realidad del himen.

Mediante un minucioso análisis de la literatura científica griega, G. Sissa vuelve a constatar la inexistencia de una concepción de la «virginidad material»: para los facultativos griegos, el sexo femenino no aparece sellado originariamente por membrana alguna. Pero, entre otros, el gran mérito de este estudio consiste en haber demostrado que ello no supone la inexistencia de una noción griega de la integridad femenina, noción que aparece igualmente presidida por el signo del misterioso distanciamiento del hombre.

El hecho de que la *παρθευεία* fuera compatible con el alumbramiento marca una discontinuidad radical entre la concepción griega y la nuestra, pero las «pruebas de virginidad» a las que podía ser sometida la doncella griega en puertas del matrimonio prueban que dicha condición corresponde a una actitud determinada respecto a la sexualidad: si es posible concebir la *παρθευεία* sin tener en cuenta el himen, esta membrana tampoco constituye el único recurso para pensar la «clôture» del cuerpo virginal.

Dos modelos, que no casos excepcionales, sirven de hilo conductor a la hora de calibrar la rigidez de la actitud moral griega frente a esta cuestión: la Pitia Delfica, casta doncella encargada periódicamente de «concebir» la palabra profética de Apo-

lo, y las Danaides, quienes, por matar a sus esposos en la noche de bodas, quedan inmovilizadas en una condición intermedia entre la de vírgenes y la de mujeres encintas, siendo condenadas, tras su muerte, al simbólico castigo de llenar incesantemente una tinaja sin fondo.

A través de estas protagonistas y más allá del cuerpo virginal, este estudio revela aspectos específicos y esenciales de la representación griega del cuerpo femenino: alternativamente abierto y cerrado, pleno y vacío, dicho cuerpo es pensado como un puro conducto limitado por la boca de arriba y la del útero, como un recipiente hueco destinado a alojar y a transmitir la descendencia que perpetuará el linaje masculino.

Pero, como apunta Nicole Loraux —en el prólogo a la edición francesa original, suprimido, por desgracia, en la que aquí presentamos—, más allá de la propia representación del cuerpo femenino, se perfila su función eminentemente paradigmática, pues dicha representación servirá como útil de primera necesidad en la reflexión del hombre griego sobre el hombre.

ANA IRIARTE

Cirene. Storia, Mito, Letteratura. Atti del Convegno della S.I.S.A.C. (Urbino, 3 julio 1988), ed. B. GENTILI. Società Italiana per lo Studio dell'Antichità Classica. Urbino, Quattro Venti, 1990, 151 pp.

En Italia se ha puesto de moda la celebración de pequeñas reuniones científicas sobre un tema monográfico, con la asistencia de pocos especialistas y la duración de un solo día. Algunos de los resultados publicados hasta ahora muestran que, en muchas ocasiones, se consiguen objetivos que los grandes congresos masivos son incapaces de alcanzar en lo que se refiere a avances específicos en la investigación, aunque, como intercambio de conocimientos, los otros tengan otro sentido. El presentador y organizador fue Bruno Gentili, conocido no sólo por sus aportaciones personales a los estudios clásicos, sino por haberse constituido en un auténtico animador de actividades que apuntan resultados positivos a los distintos campos de los estudios sobre la Antigüedad.

Aquí se reúnen cinco trabajos de carácter diferente en cuanto a las metodologías seguidas que tienen como tema común el de la ciudad de Cirene, desde distintos puntos de vista. La historia se hace fin a través de la arqueología, el mito y la literatura.

El primer trabajo, de L. Bacchielli, titulado «I luoghi della celebrazione politica e religiosa a Cirene nella poesia di Pindaro e Callimaco», tiene, a pesar del título, más amplio, como objetivo principal la colocación arqueológica de la *Pítica V*. La doble vía aquí señalada aparece integrada topográficamente en el arco de Marco Aurelio, oblicuo para poder dar frente por igual a la doble dirección. Los detalles arqueológicos permiten la profundización lingüística y la interpretación ajustada del texto literario. En ello queda también patente el valor de las posteriores transformaciones de época imperial para señalar el valor simbólico de obras como el túmulo de Bato en relación con las transformaciones políticas del siglo v. Por otro lado, el poeta también documenta los hechos precoloniales, con sus referencias a Medea, Eufemo, los Argonautas. El *Himno a Deméter* de Calímaco documenta los datos del templo de Deméter y Core.

A. Laronde escribe sobre «Cyrène sous les derniers Battiades». Arcesilao III, en principio, podría parecerse a los tiranos de Samos por las circunstancias externas, pero los continuadores son, según el autor, reyes de las aristocracias, al estilo de los espartanos, de los que Carlier, en su estudio sobre la *Basileia*, considera «normales». La prueba estaría en que luego se pasaron a la aristocracia. Seguramente, Laronde pierde la oportunidad de penetrar en los problemas de fondo de las similitudes y diferencias de las formas monárquicas avanzadas con las tiranías, al estilo de lo que ocurre en Sicilia, cuyas monarquías-tiranías se mencionan, pero no se saca suficiente provecho del posible paralelismo.

El enfoque de P. Giannini, al estudiar «Cirene nella poesia greca: tra mito e storia», se basa en la consideración del mito como historia antigua del presente en cada caso, como elemento de unión entre hombres y dioses. Se trata aquí el mundo del Egeo y los complejos movimientos de pueblos en la época arcaica como base de la poética gentilicia relacionada con los Batiadas. Heracles, los Antenóridas de Troya... constituyen el mundo de la precolonización y dan lugar a múltiples variantes interpretativas en la tradición, recogidas más tarde en la literatura. Nada es verdad, pero todo tiene algo de verdad.

C. Brillante, al tratar sobre «Il nome della Libia in un frammento di Ibico», estudia la Atenea Líbica a través de algunas formas lingüísticas de raigambre micénica.

Finalmente, M. Corsano, «Mini ed Egidi a Cirene», estudia varias versiones de la colonización que revelan su complejidad y la de sus relaciones con la protohistoria.

Interdisciplinariedad es la característica principal de la reunión, fructífera, tendente a un conocimiento completo y complejo de un problema específico, pero con proyección universal, de las realidades antiguas.

DOMINGO PLÁCIDO

PIRZIO BIROLI STEFANELLI, LUCIA (COORD.).—*Il bronzo dei romani. Arredo e suppellettile*. Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1990, 300 pp.

A la hora de comentar este libro, no podemos sino usar un tono levemente irónico. Ante todo, no nos dejemos engañar por su aspecto —a primera vista, parece un catálogo de exposición como los demás—, ni por la editorial científica que lo avala. Desengañémonos: estamos ante un refinado producto postmoderno. Acostumbrados a ver surgir en nuestro entorno urbano frontones y columnitas derivados del utopismo neoclásico del siglo XVIII, poco puede extrañarnos que este volumen se nos revele, desde el principio, como una nostálgica evocación de la Pompeya de Carlos III. Las alusiones a aquel mundo se repiten; por doquier se reproducen los elegantes grabados del *Museo Borbónico*, y, en realidad, toda la obra está concebida con el mismo objetivo y los mismos medios —más la fotografía, y muy buena por cierto— que hicieron las delicias del lector culto de otras épocas. Descripciones, alabanzas, profusas citas de textos clásicos, forman el cuerpo de esta obra amena, que no niega desde el prólogo su deseo divulgador.

Por tanto, no busque el estudioso de minas antiguas una puesta al día detallada, pues sólo unos cuantos mapas le acercarán a su materia. Tampoco desee el especialista en técnicas metalúrgicas explicaciones precisas de procesos, herramientas o temperaturas de hornos: nada de eso hallará, ni podrá ver análisis químicos, tan necesa-

rios hoy en cualquier estudio de metalurgia, ni encontrará una sola tabla tipológica, ni podrá detectar el menor interés por estudios evolutivos —salvo, quizá, en el caso de las lucernas—. En una palabra: las piezas son vistas como obras aisladas, como bellas ilustraciones de anticuariado o de vida cotidiana. El mundo antiguo, y más concretamente el de Herculano y Pompeya, se nos muestra con su halo convencional de lujo pagano, sin el menor interés por problemas científicos o cronológicos. La consecuencia es obvia: ¿qué visión mejor que la que dieron, hace más de dos siglos, los eruditos de la corte napolitana?

MIGUEL ÁNGEL ELVIRA

FRANCHI DELL'ORTO, LUISA, y ANTONIO VARONE (COORD.). — *Rediscovering Pompeii*. Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1990, 288 pp.

Nos hallamos ante el catálogo de una exposición celebrada en Nueva York en verano de 1990 y, como es de rigor en estos casos, el fichero —muy correcto, y con ilustraciones de gran calidad— viene precedido por una serie de estudios, que constituyen puestas al día en distintos campos, y que suponen lo más interesante del volumen en su conjunto.

En la presente obra, constituye un pie forzado el patronazgo de la exposición, a cargo de la marca IBM-Italia, de modo que son varios los artículos —el de A. Stazio sobre numismática, el de M. Gigante y M. Capasso sobre papirología, el de S. Bruschini sobre cartografía y catalogación, y el de F. Chiurazzi *et alii* sobre varios aspectos susceptibles de ser programados— que se centran en el campo de la informática, mostrando, por lo demás, tanto sus posibilidades como lo incipiente de su uso, pues las propuestas son muchas, y las respuestas o conclusiones casi inexistentes.

Los demás trabajos, siempre a nivel de alta divulgación, tratan temas particulares dentro del estudio de Pompeya, a la vez que procuran evitar los enfoques manidos y los aspectos que generalmente conoce bien el público interesado. Así, B. Conicello, más que hacer la historia de las excavaciones, explica su presente y su futuro a través de los actuales criterios arqueológicos y de restauración; A. De Simone, al plantearse la relación histórica entre el estudio de Pompeya y los avances de la ciencia desde el siglo XVIII, intenta un verdadero análisis de fondo sobre la relación entre distintas actividades científicas, y M. L. Anderson desarrolla un aspecto curioso, sin duda interesante para el público de la muestra: la forma en que se vieron en América desde el siglo XVIII las excavaciones de Pompeya, y el reflejo de lo pompeyano en la cultura de los Estados Unidos.

Sin embargo, es acaso en los dos artículos de aspecto más convencional donde, lo confesamos, puede el estudioso de la antigüedad y la arqueología hallar más grata lectura: A. Varone vuelve, con gran amenidad, a resucitar la vida pompeyana a través de las inscripciones y los *graffiti*, y, sobre todo, F. Bologna retoma el viejo tópico del influjo de los descubrimientos de Pompeya y Herculano en los ambientes artísticos del siglo XVII, pero dándole un enfoque particular, lleno de interés, a partir de los conceptos artísticos de la época, donde «belleza» y «funcionalidad», «naturalidad» y «razón», eran términos sometidos a relaciones muy polémicas. En una palabra, nos hallamos ante un conjunto de trabajos capaces de mostrar que Pompeya sigue de hecho en el centro de la ciencia viva tanto por métodos como por planteamientos teóricos.

MIGUEL ÁNGEL ELVIRA